

VERSIONES FINALES EN ESPAÑOL
DE CARLOS MONTEMAYOR

XU'OK

DOMINGO MENESES MÉNDEZ
CHOL DE BELISARIO DOMÍNGUEZ, SALTO DE AGUA

Así pasó antes, cuando los *kaxlanes* apenas estaban llegando. Unos pocos se habían establecido ya. Esto que pasó dicen que fue en Tumbalá, porque éste es un pueblo que de por sí existía desde que el mundo existe. Siempre existió y por eso le dicen el "ombligo del mundo". Y lo que pasó ahora voy a contarle en unas palabras.

Así pues, los *kaxlanes* ya vivían un poco aquí donde vivimos nosotros. Los primeros que llegaron fueron los soldados, los curas o padres que vinieron a enseñar la palabra de Dios y otros que vinieron así nomás. Pero los *kaxlanes* son blancos, güeros y parece que saben mucho y les gusta hablar mucho con las mujeres, señoritas o señoritas.

Pues bien, dicen que había un hombre que primero vivía bien. Pero como al cura le gustaba estar mucho con cualquier mujer, una vez la mujer de este hombre se fue a la casa del cura sin decir nada. La mujer decidió dejar a su marido porque éste no era tan elegante como el cura, ni tan blanco, ni tan bueno como el cura... Por eso decidió dejar a su marido.

Cuando el hombre llegó a su casa, no encontró a nadie. La casa estaba sola y vacía. Se puso a esperar a su mujer, porque no sabía dónde estaba. Pensó que quizás andaba por ahí, haciendo su trabajo. Pero esperó, pasó un rato y más tiempo y no regresaba la mujer. Cuando transcurrió bastante tiempo, decidió salir a buscarla. Caminó por dondequiera, mucho tiempo, triste y preocupado. No sé

si lloró, a lo mejor sí, porque creo que sí le dolía su corazón. Cuando supo que estaba en la casa del cura, se dirigió hacia allá. Llegó muy humilde a la casa del cura y vio que su mujer estaba ahí, sentada con el cura. La llamó varias veces, pero ella no salió. Después de seguirla llamando el cura vino a pararse de un brinco a la puerta de la casa; miró muy feo al hombre y muy enojado le preguntó con una voz muy fuerte:

—¿Qué quieres?

—Nada, señor, sólo estoy llamando a mi mujer —contestó el hombre con su voz muy triste y muy humilde.

El cura no contestó luego y lo seguía mirando muy feo.

—Aquí no tienes nada que venir a hacer —respondió después—. Pero si quieres a tu mujer, primero tendrás que dejar un papel en “Aläberakrus” (Veracruz chico o Veracruzito).

—Está bien, señor —dijo el hombre, que no podía decir no.

Y otra vez, de un brinco el cura se metió a su casa para escribir en el papel y regresó otra vez muy rápido.

—Ten —le dijo al hombre.

—Sí, señor —contestó el hombre.

—Pero irás a dejarlo —ordenó muy enojado el cura.

—Sí lo voy a hacer, señor —contestó el hombre.

El hombre se fue a su casa para preparar su red, tomó una pelota de pozol, su jícara, su tortilla. Pero estaba muy triste pensando dónde queda ese “Aläberakrus”. Nadie lo conocía y él tampoco. Cuando salió de su casa iba llorando y diciéndose:

—¿Dónde quedará ese “Aläberakrus”, Señor?

Así iba llorando. Daba mucha lástima, pobrecito, porque iba caminando hacia lo desconocido. Aceptó sólo para que volviera su mujer, pero para nada dejaba de llorar, caminaba llorando y poco a poco se iba alejando más y más. Ya estaba lejos, dentro de la montaña, y ahí se sentía más triste, feo pues, por el ruido de los animales. Le daba mucho miedo, pero así seguía caminando. Ya tenía bastante tiempo caminando cuando alcanzó a escuchar a lo lejos:

—Wojwooo... wojwooo...

El ladrido de un perro. Se oía muy lejos. Apenas lo escuchaba, casi se confundía con los demás ruidos de la montaña. Luego otra vez:

—Wojwooo...

Ya se oyó más cerca, se oyó más claro. Y otra vez: “Wojwooo... wojwooo...” ahora más cerca.

Fue cuando se detuvo y se volvió a mirar el camino que había recorrido.

—Parece que es el ladrido de mi perro —se dijo.

Estaba viendo el camino por donde venía el ladrido, esperando que apareciera el perro. De pronto vio que venía un perro grande, negro, corriendo con vigor. Lo reconoció.

—Pero, ¿qué estás haciendo aquí, mi perro? —le dijo al momento de abrazarlo y de acariciarlo. Por un momento el hombre se puso contento de encontrar al perro que había perdido desde hacía mucho.

—¿Qué estás haciendo aquí, mi dueño, a dónde vas? —preguntó el perro.

El hombre nuevamente se puso triste y dijo:

—No sé adónde voy, mi perro, me mandaron llevar este papel a “Aläberakrus”.

—Mi dueño, ¿cómo crees que encontrarás ese “Aläberakrus”? Si te mandaron a morir para que ya no molestes a mi dueña —contestó el perro—. Si quieres yo te llevaré a donde te mandaron, para que veas cómo quedará mi dueña. Es que me trató muy mal, mira cómo me dejó, si yo no estaba haciendo nada malo, sólo estaba hablando cuando vino a cortarme de un tajo por la mitad —dijo el perro.

—¡Entonces así fue, mi perro! —exclamó el hombre.

—Mi dueño, esconde tu red dentro de la montaña, cuélgala por ahí, la recoges cuando regreses —le indicó el perro.

—Está bien, mi perro, pero ¿no quieres antes un poco de mi pozol? —preguntó al momento que quitaba su red del hombro.

—Ya no, mi dueño, ya no se puede. Eso fue cuando estaba en el mundo. Ahora ya no. Ese es tuyo nada más —contestó el perro.

—Entonces ya no se puede —repitió el hombre.

—Ya no, mi dueño, sólo quiero que tú te salves, porque no es posible que mi dueña te haga también eso. Vas a ver cómo quedará —insistió el perro.

El hombre encontró donde esconder su red y entonces el perro le dijo:

—Ahora, mi dueño, te subirás a mi espalda y te sujetarás bien fuerte de mis orejas. También cerrarás tus ojos con fuerza. Y no veas para nada el mundo, mantén siempre cerrados tus ojos. Yo te iré diciendo por dónde pasamos y dónde debes abrirlos. Pero no los abras antes de que te lo diga. Si los abrieras ahí nos quedaríamos y no saldríamos nunca.

—Está bien —contestó el hombre.

El perro terminó de aconsejar a su dueño y éste empezó a montarlo; buscó la forma de sentarse cómodo, se sujetó bien fuerte de las orejas del perro y cerró con vigor los ojos. Al rato empezó a sentir como si volara, el aire le pegaba fuerte en la cara y escuchó cómo silbaba en su oído. Cuando ya tenían un buen rato de viaje, el perro empezó a mencionar el nombre de los lugares por donde pasaban, hasta que llegaron a un sitio muy difícil de atravesar. El perro dijo:

—Ahora estamos en el *ch'ix puy*; no vayas a abrir los ojos porque aquí es muy peligroso.

El *ch'ix puy* es el lugar más peligroso, porque es como si estuviera hecho de puros caracoles que están de cabeza y las colitas de los caracoles son como pequeñas navajas filosas. Por eso nadie puede pasar, mucho menos el hombre, porque sus pies son muy anchos y no tendría lugar para pisar a salvo; quien lo intentara, ahí quedaría para siempre. Quienes logran pasar es porque el perro los cruza, porque éste tiene en sus patas como unas bolitas que puede ir colocando en los espacios reducidos que encuentra. Por eso le dicen *xu' ok*.

Cuando lograron pasar el *ch'ix puy* el perro siguió aconsejando:

—Ya estamos cerca, pero no abras los ojos todavía—, pero más al rato agregó—: ya llegamos, ya puedes abrir los ojos y también bajar.

El hombre abrió los ojos y vio lo que había a su alrededor. Había una casa de buen tamaño, como un pequeño pueblito. El cielo estaba bien despejado con un sol brillante. Pero no sabía dónde estaba, no parecía el mismo

mundo de donde venía, sino un lugar diferente, sin gente. Veía algunas casas pero no parecía el mismo aire, ni los mismos árboles, todo era diferente. Él se sentía raro y sólo miraba a su alrededor. En eso el perro le dice:

—Ahora te irás por aquí, derechito, hacia la casa que está allá, es de mi dueño. Cuando llegues dile: “ábreme tu casa, señor”. Si no aparece vuelve a decírselo hasta que salga, porque sí está ahí. Cuando te pregunte cómo llegaste, le dirás que viniste por el camino, despacio.

—Está bien —respondió el hombre y se fue.

Llegó a la casa que el *xu' ok* le había señalado y la encontró cerrada, sola; no se veía nada alrededor. Golpeó en la puerta.

—Ch'och'och'och'o —así sonó—. ¡Ábreme tu casa, señor! —decía el hombre—. Ch'och'och'och'o —volvió a golpearla—. ¡Ábreme tu casa, señor!

Ya tenía buen rato de estar llamando, cuando escuchó unos pasos en el interior de la casa. Parece que ya venía el dueño, escuchó sus pasos.

—Ch'oj, ch'oj, ch'oj...

Muy lento, parecía que venía de otro cuarto, porque se oyó una puerta rechinar antes de llegar a donde estaba el hombre.

—¿Qué quieres? —preguntó el dueño de la casa cuando abrió la puerta, mirándolo muy serio.

—Señor —sólo alcanzó a contestar el hombre.

—“Jääää” —exclamó con disgusto el dueño de la casa llevándose la mano a la nariz—. ¿De dónde vino este *mulawil* (pecador)? Espérate —dijo y se regresó al interior de su casa; al rato volvió con la nariz tapada, al parecer con una tela—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Que aquí está este papel, señor —dijo el hombre.

—¿Y para qué?

—No sé, lo mandó el cura.

Le arrebató el papel, lo leyó y luego ordenó que esperara. Caminó al interior de la casa, tardó un buen rato y luego vino de nuevo y le entregó otro papel escrito. El hombre lo estaba guardando cuando le preguntó el dueño de la casa:

—¿Cómo llegaste aquí?

—Pues vine buscando el camino despacio, señor —contestó el hombre.

—Mentira, el *xu' ok* te trajo. Dile que te vuelva a llevar, pero rápido, que te lleve derechito al lugar donde te trajo —ordenó el dueño de la casa.

—Está bien —dijo el hombre, que guardó bien el papel y de nuevo se encaminó a donde estaba el *xu' ok* echado esperándolo.

—¿Qué te dijo? —preguntó el *xu' ok* cuando llegó a él.

—Pues me dio otro papel para llevar y me dijo que me regresaras rápido.

—Está bien. Ahora verás lo que le pasará a mi dueño que me trató tan mal. Vamos a regresar, pero de nuevo tienes que cerrar tus ojos —aconsejó el *xu' ok*.

—Está bien —aceptó el hombre.

Volvió a montar en el perro, se acomodó y de nuevo se agarró de las orejas del *xu' ok*. Al rato volvió a sentir lo mismo, como si estuviera volando; el aire silbaba en sus oídos y el *xu' ok* le decía qué lugares iban pasando. Volvieron a cruzar el *ch'ix puy* y siguieron volando durante un buen rato hasta que el *xu' ok* dijo:

—Ya llegamos, ya puedes abrir los ojos.

El hombre abrió los ojos y se dio cuenta que estaba de nuevo en este mundo, otra vez en el mismo lugar.

—Ahora sí, mi dueño, ya llegamos. Irás a dejar el papel que te dieron y ahí verás cómo le irá a mi dueña —agregó el *xu' ok*.

—Muchas gracias, mi perro, allá voy ahora.

—Así es. Puedes ir solo. Baja tu red y llévatela.

El *xu' ok* se fue corriendo y dejó a su dueño solo. El hombre bajó su red, la cargó y regresó a su pueblo. Cuando llegó a la casa del cura alcanzó a distinguirlo en el interior abrazando a su mujer. Llamó a la puerta y de un brinco el cura se levantó muy enojado; abrió la puerta y le reclamó:

—Te mandé a dejar el papel.

—Ya fui, señor —contestó el hombre.

—¿Ya fuiste? —preguntó asombrado el cura.

—Sí, ya fui —dijo el hombre, que buscó rápido en su ropa el papel que le habían dado—. Aquí está, señor, me dijeron que le entregara este otro papel.

El cura se lo arrebató de la mano, muy enojado, y lo leyó durante un buen rato. Cuando terminó, nada más agachó la cabeza y dejó caer los brazos sin fuerza, apenas sosteniendo la hoja. Caminó hacia el interior de la casa sin decir nada, sin ganas, como si de repente se le hubieran ido las fuerzas. En un ratito se puso triste.

El hombre llevaba parado un buen rato en la puerta de la casa del cura esperando si le mandarían a hacer más cosas, cuando de repente salió con fuerza un caballo de la casa, que enfrente se puso a brincar y a relinchar. De un brinco salió de la casa también otro, pero que era yegua. Los dos animales relinchaban y brincaban; parecía como

si cada vez quisieran brincar más alto. Se veían desesperados, asustados. El caballo trataba de montar a la yegua, pero ésta se caía y relinchaban feo, como si algo les estuviera pasando. El caballo insistía en montar a la yegua, pero al parecer, de pronto brincó más fuerte y sólo cayó nomás. Estaba grande y se oyó feo cuando cayó con todo su peso, muerto, como si lo matara un rayo. La yegua hizo lo mismo, brincó y se desplomó muy pesada, también muerta. Ya no se movió ninguno de los dos. En el lugar se sentía algo raro. Los caballos habían levantado mucho polvo. Soplaban un aire frío, muchos pajaritos que cantaban cerca también se habían alborotado, como si siguieran el movimiento de los animales. Estaba feo, pues.

El hombre se había quedado en el mismo lugar, sin moverse, viendo lo que pasaba, pero sin entender qué ocurría. Se había incluso olvidado del cura y de su mujer. El polvo fue desapareciendo poco a poco y los pájaros se tranquilizaron: ya todo estaba en silencio. Entonces el hombre se acordó del cura y miró hacia el interior de la casa. Pero estaba vacía. Se acercó más a la casa pero no vio a nadie; sintió un poco feo, pero no veía nada. Ignoraba dónde se habrían metido el cura y su mujer. Así se quedó pensando.

Eso pasó cuando llegaron los *kaxlanes*, que empezaron a engañar y a aprovecharse de nuestras mujeres. Eran muy malos, hacían todo lo malo entre nosotros. Por eso los viejitos cuentan que eso pasó por la misma maldad. Hasta ahora cuentan que hay cerca de Tumbalá un pozo muy hondo en forma de cono donde tiraron a esos animales.

Eso es lo que dicen ahora.